

CRÓNICAS DESDE EL PAÍS VECINO

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN LIBRARY



3006474750

0 0917 3006474750



CONFABULADORES

4.3.1

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
Programa Editorial

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
Dirección de Literatura

CRÓNICAS DESDE EL PAÍS VECINO

LUIS ARTURO RAMOS



Universidad Nacional Autónoma de México
1998

UNIVERSITY OF TEXAS AT AUSTIN GENLIBS



3006474750

0 5917 3006474750

Estas crónicas se publicaron
en el semanario *Punto y Aparte*
de Xalapa, Veracruz.

1 3 198

Diseño de la colección y portada:
Mónica Zacarías

Primera edición en Confabuladores: 1998

DR © 1988, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.

COORDINACIÓN DE HUMANIDADES
Programa Editorial

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
Dirección de Literatura

Impreso y hecho en México

ISBN: 968-36-6761-3

*Para Teresa que, entre otras cosas,
me enseñó a ver amarillo el desierto*

Hacia el país vecino

1. *Celebración de los puentes*

En una ocasión me preguntó un amigo qué significaba vivir junto al mar. Mi respuesta fue una sarta de frases deshilvanadas más cercana a un dudoso sentido de lo poético que a la realidad. La respuesta no satisfizo pero la pregunta quedó ahí. Hace poco, a raíz de un viaje a Ciudad Juárez, la duda reapareció redonda y terminante aunque replanteada por las exigencias de la geografía. ¿Qué se siente vivir en la frontera?, pregunté a mi anfitrión, ¿vecino al país más poderoso del mundo? Esta vez la respuesta se diluyó en un encogimiento de hombros.



3006474750

0 5917 3006474750

LATI

Las palabras no venían al caso: la respuesta resultaba evidente.

Justo a mitad del puente, donde es leyenda que William Carlos Williams se detuvo para escribir un poema, miro las dos banderas. Dóciles al viento, ondean en un mismo sentido. Entre ambas, los hombres que se afianzan a la alambrada lateral que impide que alguien busque atajos en el camino, miran también en una sola dirección. Andan y desandan la suave y elegante curva del puente con un paso entre cansino y ansioso. Los veo mirar mientras espero en una larga fila de autos que hacen cola para cruzar la frontera. Ellos no responden a mi mirada. No les interesa; sin embargo saben quiénes somos. Los otros, los que pueden cruzar sin más problemas que el insulso interrogatorio de un migrante malhumorado.

Quiénes disputan mi atención son los vendedores que hostigan la caravana de automóviles. Yo me defiendo con el poderoso Winchester de la indiferencia de estos apaches previamente derrotados por la economía y la historia, mientras con el raballo del ojo los contemplo pintados para la guerra con la

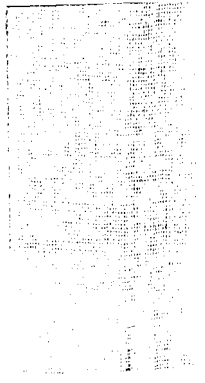
policromía del acné y la anemia. Cargan una y otra vez, en sucesiones continuas, contra los flancos de los automóviles. Inocuas hordas armadas con churros, pepitorias y la abigarrada iconografía vernácula: Guadalupe, Jesuses crucificados en yeso y enhiestos caballeros águila.

En el sitio exacto donde los dos países se tocan, la línea divisoria resulta tan difusa como el lugar donde cae la mirada. La luz tiene otra consistencia y la frontera la lleva cada quien en la espalda. Se mueve en un reflujó constante en ambas direcciones. Me percató de que los dos países ni se unen ni se apartan, se rebanan simplemente. La perspectiva me obliga a recordar una canción de mi ya lejana adolescencia: “Dime tú, puente de piedra/Dónde se ha ido/Dónde se ha ido/Si se fue por la cañada/O por la orilla del río”. Acababa de cumplir los 13 años e ignoraba lo que aquellas muestras de la ingeniería civil pudieran saber del destino de las muchachas cuando, por si fuera poco, éstas ni siquiera habían puesto los pies en el puente en cuestión. No obstante, la pregunta lanzada al viento desde el acetato (así le decían entonces



3006474750

0 5917 3006474750



a los Ci Di) de 45 revoluciones por minuto, me dejó en claro que además de interlocutores de los amantes en desgracia, los puentes servían para otras cosas no menos importantes.

Acababa de cumplir 13 años y no conocía ni la frontera ni los puentes, porque donde nació los ríos no sólo se llaman de otra manera (Coatzacoalcos, Papaloapan) sino que resultan tan anchos que ameritaban chalanes para viajar de orilla a orilla. Aquí, en la frontera del norte, son angostitos y se nombran "Bravo", tal vez como sarcasmo de su franciscana mansedumbre, y "Grande", gracias a la misma licencia poética (o mercantil) que permitió que Nelson Ned fuera conocido como "el gigante de la canción".

Más tarde supe que, a diferencia de los versos de la melodía, los puentes tienen más relación con las cañadas y los ríos, que con las ingratas en perpetua escapatória. Las aportaciones de los accidentes geográficos a la política, resultan considerables. ¿Qué sería de ella sin el auxilio de los ríos y las cordilleras que facilitan la irredenta vocación del hombre de parcelarlo, referenciarlo y constreñirlo todo?

Pero ni los puentes ni la situación resultan tan dramáticos como parecen. Los ríos que parten en dos un territorio que la lógica advierte similar, contribuyen con el necesario color poético tan necesitado por la simplista aridez de las ciencias geográficas. Basta ver los mapas para percatarse de ello. El río que marca la frontera desde Tamaulipas a Chihuahua, resulta más digno de observación y sobre todo de confianza, que la pretenciosa y artificial línea entrecortada que continúa hasta el Pacífico.

Reconozco sin embargo que aunque por mi tierra los ríos son más grandes, aquí los puentes resultan más originales y reveladores. Y como irrefutable prueba de que cuando *natura non da*, la palabra entra en acción, los juarenses han hecho con sus puentes, si no proezas de ingeniería, sí definitivas hazañas de lenguaje. Alucinados tal vez por el irredento espejismo del desierto, sus puentes salvan idcas, entelequias o espejismos, más que obstáculos reales. (No en vano por estas latitudes se ubicaron las Siete ciudades de Cibola.) De ahí que los hayan concebido de todo tipo. Los tienen sin sentido de la



3006474750

0 5917 3006474750

LATI

orientación, como el Puente al Revés; los hay que lloran el paso del tiempo, como el Arrugado; hay uno que resiente la marginación del racismo, como el Negro, y otro más, como el Santa Teresa, que pocos utilizan, nadie sabe si por temor o por respeto al virginal peso de su nombre. Qué diferencia del generoso y promiscuo Puente Libre que todos transitan al derecho y al revés, a horas y a deshoras. Hay uno con tales problemas de identidad, que de Sur a Norte se llama Lerdo y de Norte a Sur, Stanton. No sólo los han construido arabescamente curvos para garantizar el paso de los buques que algún día irán de mar a mar; sino que los han hecho tan puentes, que se salvan a sí mismos y se pasan por el arco de los olvidos necesarios a los migras de ida, y al ominoso rojo del semáforo fiscal, de vuelta.

Por ello no es extraño que los juarenses, con la ayuda de todos los mexicanos, los hayan convertido hasta en escuela gracias a las cotidianas, reveladoras y multidisciplinarias clases impartidas en los barrocos salones de aprendizaje que se levantan entre las dos aduanas. Si existe la universidad de la vida,

aquí se ubica uno de sus campus más conspicuos y el tránsito por los puentes equivale cuando menos a una carta de pasante. Y yo, conciencizado usuario de los puentes que orillan las Fiestas Patrias con los fines de semana por lejanos que se encuentran las unas de los otros, celebro el haberme convertido en transeúnte de estos otros que conducen hacia ambos lados para alcanzar la orilla de multitud de cosas.

Termino esta sección no sin antes recordar otra melodía que, curiosamente, también habla de cruzamientos y de muchachas: "los barandales del puente se estremecen cuando paso/morena mía... ¿ya tienes tu *green card*?"

II. *El Paso que dejó de serlo*

En la Universidad de Texas los edificios imitan la conformación y la textura del entorno. Las construcciones reflejan la piedra, el color de la tierra y la simetría secreta de un paisaje que los arquitectos forzaron a entrar en las rectas y coordenadas. Todo parece levantarse de la profundidad de un desierto que alguna vez fue mar. El viento imita tormentas pre-



3006474750

0 59 17 3006474750

históricas y del fondo de la piedra surge el recuerdo del oleaje.

El conjunto resulta armonioso, y el toque que permitió el equilibrio entre el centro educativo y el refugio para bombas fue realizado con inteligencia. Me dicen que gracias al Fort Bliss, la zona en que me encuentro es uno de los blancos estratégicos de la Guerra de las Galaxias. Ante tales aclaraciones uno no puede sino pensar en el destino y en los designios. Estamos en el vértice donde convergen líneas y vectores ajenos a nuestro entendimiento y a nuestra voluntad. Donde la política internacional ha puesto el ojo.

Cerca de El Paso, metido entre la roca y la lejanía de la sierra, un poste marca el sitio donde se unen tres espacios: Chihuahua, Nuevo México y Texas. Alguien afirma que los habitantes de esta ciudad se sienten más nuevomexicanos que texanos; pero nada vale la opinión personal. Fort Bliss, la amenaza de los *missiles* y la absurda línea de la frontera, no transparentan sino la certidumbre de que todo ha hecho caso omiso de la voluntad del paisaje. Éste abrió pasos y levantó barre-

ras como muestra de una decisión tomada hace millones de años.

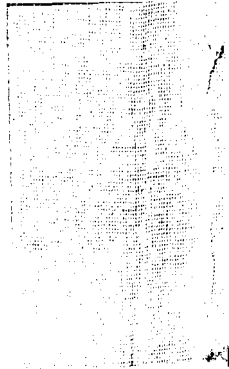
Desde el mirador que domina la ciudad, diviso nítidamente la línea fronteriza. "Detrás de esa carretera está Juárez", me dicen. A lo lejos, la diferencia de tonos separa los dos territorios. Y aquí no valen metáforas acerca del matiz de los nuestros *versus* el color de ellos. La separación resulta clara y objetiva: dos espacios, uno verdinegro y el otro blanquizco, marcan el cielo de los dos países. Ellos tienen el agua, nosotros el polvo que recorre la llanura como un inmenso caballo gris que crece con la distancia.

Al otro día, de vuelta a Juárez (los que tenemos papeles podemos cruzar a voluntad garitas y retenes sin más problema que el que se deriva de las largas colas de automóviles), me llevarían a conocer la casa de Juan Gabriel. Perteneció a la familia Montelongo, dinastía a la que sirvió como empleada doméstica la mamá del compositor. Éste adquirió la casa para su progenitora y la comunidad está a la espera (y con ella todos los que creemos en la justicia poética) de que



3006474750

O 5917 3006474750



Juan Gabriel emplee a una Montelongo para que atienda a su señora madre.

Pero ahora estoy en el mirador y contemplo a mi país como si lo tuviera pintado, enterito, en un cuadro en la pared de mi casa. El "Old Mexico", dicen los perezosos habitantes de este lado para diferenciarlo del Nuevo con que nombraron a un estado. Es una ancha, polvorosa, cambiante superficie que crece y se dilata. Ni el mar se presta para la semejanza. Igual de grande sólo que más húmedo, bromean mis compañeros. La definición del silencio parece estar más cerca de aquí que de otros lugares.

LATI

Dos noticias dominan la primera página de los periódicos de El Paso: el asunto del cianuro en los analgésicos y la tortura a que fue sometido el agente de la DEA, Camarena Salazar: para los americanos el mundo exterior se redujo a la multicomprobada posibilidad de ser asesinado. Camarena Salazar ruge de dolor desde una cinta grabada y patentiza una vez más que la justicia sólo es de este mundo. Por su parte, las amas de casa asumen con estoicismo la certidumbre de que ni siquiera el supermercado, cora-

zón y cerebro del sistema americano, permanece seguro. La brutalidad se mide con raseros distintos. Para ellos no parece ser lo mismo morir a retortijones víctimas de una mano anónima, que a golpes de desalmados tercermundistas.

Rumbo a Las Cruces, Nuevo México, nos detenemos en La Mesilla, pueblo de triste memoria, como afirman los libros de nuestra historia. Sin embargo, pese al ominoso recuerdo, me parece un sitio simpático, con esa calidad disneylandesca con que todo lo histórico se recubre en este país. Se respira el aire alegre y soleado de los limpios pueblos del desierto. En el parquecito central, las dos banderas en pugna sirven de decoración a una placa que recuerda los negocios de Santa Anna. Y yo, tan lejos de Jalapa y tan cerca de los contratos de compra-venta, me imagino al cojo que a lo mejor todavía ni lo era, dando saltitos de gusto y esperanza. El desierto enmarca a La Mesilla con la exactitud y justeza de las grandes soledades.

Rodamos rumbo a Las Cruces por la ruta de Juan de Oñate. A pesar de que nos aden-



3006474750

0 5917 3006474750

tramos en el país, las muestras del pasado español y el presente mexicano saltan a la vista a cada momento. Nada me resulta ajeno en este recorrido por un desierto que no habrá de terminar sino hasta el océano Pacífico.

III. *U. S. Mail*

LATI

Cuando interrogan a ciertos escritores acerca de sus temas, responden con un lugar común: yo no los escojo, ellos me escogen a mí. Algo debe haber de cierto en la afirmación, porque cada vez que vengo a este país, me abruma los presagios apocalípticos. Yo no los busco, ellos me aguardan. En San Antonio, Texas, hace ya casi diez años, me tocó presenciar cómo un desequilibrado aprovechó la celebración del Fiesta-Week para eliminar congéneres más allá de toda discriminación racial. Hace algunos meses, en El Paso, un loco dedicó horas de paciente labor a distribuir gotitas de arsénico en cápsulas de analgésicos. Todavía recuerdo con asombro y espanto la torre desde la que un veterano de Vietnam hizo gala de su entrenamiento en cerca de veinte cuerpos huma-

nos. Alternaba el ejercicio de la ejecución masiva con meticulosas aplicaciones de un desodorante de bolita que se cuidó de incluir en su ajuar de verdugo.

Ahora, rumbo a Kansas City, la radio me cuenta de la masacre de la Oficina de Correos. Un empleado postal, luego de ser reconvenido por un superior, optó por eliminar el conflicto acribillando a sus compañeros. Auxiliado por dos pistolas automáticas, mató a catorce, hirió a ocho y luego se suicidó. Fue un trabajo limpio, efectivo y rápido. La televisión reconstruyó los hechos en el noticiario de la tarde. A todo color, *in situ*, y con un croquis del lugar y la pose en que quedaron los cuerpos, las tomas llenaron mis horas de hastío en un motel de Oklahoma City.

La mitad de los entrevistados parece sorprendida de que el asesino hubiera tardado tanto en dar muestras de su locura. El resto comenta con asombro el hecho de que una persona tan dócil y afable pudiera cometer un acto de tal naturaleza. Mientras tanto, los vecinos depositan flores frente al edificio de correos. Niños en bicicleta y *shorts*, pedalean por la acera. Señoras con lentes oscuros y



3006474750

0 5917 3006474750

tubos en la cabeza aminoran la velocidad de sus autos para otear desde la ventanilla. Todos lucen un gesto de preocupación que el hechizo de la imagen vuelve trascendente. Se percatan de que pudieron ser ellos, o sus amigos o sus familiares. De lo único que parecen estar a salvo es de que alguien les espete “¿Qué nos pasa?”

“Esto no sucedería en México”, me digo, y paso revista al correo de Jalapa sin encontrar a nadie capaz de tal barbaridad. La señorita que me vendía las estampillas, el señor que daba los bultos en el apartado, el amable oficinista que me autorizaba la tarifa menor; a ninguno de ellos le alcanzaría el salario para adquirir semejante arsenal. Cuando mucho, romperían los vidrios a pedradas; ¿pero matar a mansalva simplemente porque alguien les dijo que no hacían bien su trabajo? El cartero que se detiene a platicar con las amas de casa, que se pelea con los perros de los ricos, que se disculpa porque la carta llegó abierta, que hasta se deja sobornar por una sonrisa a cambio de las estampillas más coloridas de la correspondencia internacional, permanece al margen de atro-

LAT

ciudades de ese tipo simplemente porque se desquita con su esposa. El cartero que cometi6 el crimen era soltero. Es m6s, nunca se habfa casado. Vivi6 loco y muri6 como se merecfa. Por propia mano y sin el auxilio de ninguna religi6n, mientras los batallones de la seguridad p6blica aguardaban tras arbustos, esquinas y autos policiales, a que alguien les indicara c6mo resolver el problema. La televisi6n los mostr6, gallardos y atentos, apuntando sus armas hacia el edificio como si actuaran para una pel6cula de guerra. En este pa6s la gente act6a como en las pel6culas. O ser6 que 6stas resultan tan realistas que traducen a la perfecci6n la actividad gestual de los ciudadanos.

No, definitivamente esto no sucederfa en un pa6s donde los carteros no ganan ni para adquirir la necesaria bicicleta. Donde sus abnegadas mujeres ofrecen la otra cristiana mejilla para evitar males mayores.

IV. *Oklahoma es o.k.*

Para conjurar hasta lo posible el aburrimiento de las planicies texanas, juego con los nom-



3006474750

0 5917 3006474750

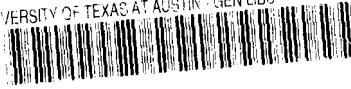
bres de los pueblos: Falfurrias, Gonzalitos, Chupaderas. Más al norte, la presencia del pasado indígena norteamericano desvía la atención. Nombres de rara eufonía retintinean en el oído. Se acuerda uno del *blues*, de la gangosa melodía de los negros, de la monótona cantinela del *country*. Da gusto repetir los nombres. Es otra forma de estar aquí. Viajar de oído es otra manera de andar el camino.

LAT

En Oklahoma el paisaje desmiente versiones anteriores. No resulta tan vacío, tan solitario. Tan árido como en *Las viñas de la ira* o como en los relatos de amigos que anduvieron por aquí. Me resulta más bonito que Texas. Ondulaciones, bosques verdes. Rebaños de vacas orgullosas en su pasividad levantan la cabeza para mirarme. Me inventan. A ambos lados de la carretera, desperdigados por el hondo horizonte, las máquinas que bombean petróleo semejan gallinas enormes picoteando el subsuelo. Con un ritmo que la uniformidad vuelve elegante, dicen que sí desde la prehistoria. Fossilizadas contra la tarde, estas gallinas metálicas me parecen más viejas que el viento.

La matanza de carteros ocurrió en un pueblo de Oklahoma. Pero aquí, por la carretera inmensa, los viajeros de otros autos se vuelven para ver el mío y algunos hasta sonrían. Será más adelante, ya en Kansas, cuando un gringo con cara de mormón se tome tiempo para decirme adiós con la mano. En las gasolinerías me miran descender del VW y me siguen con la mirada sin dejar de sorber su Coca-Cola. La tarde, el calor, imprime su ritmo a las cosas. Nada rompe el lento fluir de la luz. El sol se escapa por un agujero en el extremo del cielo más melancólico y vasto que he visto en mi vida. Dan ganas de gritar para que responda el eco.

Ayer vi una enorme serpiente reptar por la autopista. Su tenacidad aún me conmueve. La encontré justo a la mitad y dudo que haya podido alcanzar el otro lado. Seguramente enloquecida por la soledad, quiso morir en brazos de los neumáticos de un Thunderbird. Sinuosas como son, las serpientes se reconocen en las elegantes curvas de la carretera. Morir en brazos de un Thunderbird, en medio de una autopista norteamericana, puede tener mucho de declaración amo-



3006474750

0 5917 3006474750

LAT

rosa. Estoy seguro que aquel que la atropelle se sentirá molesto, arrepentido de haber terminado con el último miembro de una especie que gozaba todavía de un mínimo concepto de identidad. Y es que los americanos aman en verdad a los animales. Sus autos aconsejan mediante calcomanías el comportamiento más apropiado para con perros, gatos y demás miembros del reino animal con posibilidades de convertirse en mascotas. *Did you pet your dog today? I love bears. My cat loves me.*

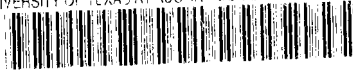
Tal vez, si el cartero de ayer hubiera tenido siquiera una serpiente que lo amara, no hubiera ocurrido lo que pasó. Los animales cumplen con una función más importante que la de preservar el equilibrio ecológico: ayudan a vivir. Resultan el sucedáneo perfecto del amor que no se recibe, del que no se puede dar. La ley debería obligar al ciudadano americano a vivir con una mascota así como los obliga a vivir con un seguro para el coche. Habría menos crímenes en las oficinas de correos, más cuidado en las carreteras, y nosotros podríamos adquirir divisas

con la exportación del excedente perruno que pulula por Jalapa.

V. *Rumbo al Marlboro Country*

El trayecto de Jalapa a Matamoros fue largo e interesante. Crucé el Trópico de Cáncer a medio Tamaulipas y limpié por quinta ocasión el parabrisas. Pájaros de Veracruz y Tamaulipas me venían cagando el vidrio desde que dejé Cardel. Más adelante, estudié por cerca de dos horas agotadoras la lenta agonía de un caballito del diablo que vino a morir aprisionado por el limpiador. Lo vi mirarme desde el otro lado del cristal como si fuera yo el que moría. Nos observamos meticulosamente, sabedores de que pertenecemos a especies distintas, que ése era nuestro primer encuentro y que no se repetiría jamás.

Si algo muere con dignidad, son los insectos. Los animales resultan demasiado humanos. Tan próximos a nuestras muccas y ademanes que nos aterra su agonía. Nos recuerdan nuestra propia muerte. No sucede lo mismo con esos seres llenos de antenas y placas



3006474750

0 5917 3006474750

LAT

convexas más cercanos a las máquinas que a los hombres. Las mariposas, los abejorros, las libélulas, revientan en el parabrisas y se quedan simplemente ahí como artefactos de guerra a la orilla de una carretera bombardeada. Destartalados, indiferentes, premonitorios, mueren la muerte del guerrero. Los imagino lanzándose contra este enorme escarabajo verde que manejo, obnubilados por un misticismo de *kamikaze*. Desde hace muchos años los insectos libran una batalla contra nosotros, han convertido las carreteras en frentes de combate y nosotros aún ignoramos esta guerra declarada. Para demostrarlo, se estrellan contra los parabrisas y se eternizan ahí convertidos en naturalezas muertas hechas por pintor abstracto. A manera de una declaración de odio, la libélula inventa mi muerte frente a mis ojos.

Desde que crucé la frontera el vidrio no ha vuelto a ensuciarse. Apenas minúsculas motas de excremento, imperceptibles alas de coleóptero, grumos del desierto texano. Parece que las aves no cruzan los *highways*, que la naturaleza queda demasiado lejos o que los insectos han aprendido las leyes de la

viabilidad. No hay árboles a la orilla del camino ni perros arrollados en el pavimento. A estas alturas del viaje, el elemento más interesante lo aporta la extravagante variedad humana: dos gordos inmensos apretujados en una minúscula motocicleta pasan junto a mí y al poco rato la distancia los convierte en juguetes de juguetería. Un tipo desolado, de pelo larguísimo, camina por el acotamiento como si llevara al hombro su propio cuerpo. La camisa abierta permite ver los huesos de su cuerpo esquelético. Millas después, dos individuos detienen sus autos para saludarse con un largo abrazo a mitad de la planicie. El sol se desmorona sobre ellos y los convierte en polvo.

Voy hacia Wichita. Me gusta el nombre. Wichita, Wichita. Tiene un sonsonete de ferrocarril que obliga a repetirlo una y otra vez. Un letrero con un enorme girasol me anuncia el estado de Kansas. *Mid-Way*; U.S.A. La mitad del país. El centro. Es la una de la tarde. La mitad de un día que me amaneció en Oklahoma City. Wichita está a 40 millas de distancia y el Marlboro Country se abre frente a mí como una bienvenida.



3006474750

0 5917 3006474750

Wichita es el punto previo a mi destino. Pese a las planicies, las vacas bobaliconas, los Texaco Oil a la orilla de la carretera, el nombre me remite a una película de Tarzán hablada en francés. Chita inquiera con acento galo y el hombre-mono responde: "Oui Chita, oui."

Agosto 1990

LAT

El Paso de Cárdenas

11:05 A.M. Cuauhtémoc Cárdenas se asoma por una de las puertas de acceso al auditorio para evaluar la composición y número de los asistentes. Algunos lo descubren. Un fotógrafo aprovecha y toma una instantánea que fijará para la prensa a una pareja que inmediatamente sonrío: el invitado y el invitante, éste, un mexicano de la capital, politólogo y director del Centro de Estudios de la Frontera de la Universidad de Texas en El Paso.

El público había venido reuniéndose en el vestíbulo principal del edificio de Metalurgia, una especie de Palacio de Minería de estilo butanés, con semejante vocación